

La CaPilla siXtina

LO SOCIAL

—Lo social va a volver a llevarse —me dice un viejo poeta social de los que a comienzos de los años cincuenta ya decían aquello de: "A la calle, que ya es hora de pasearnos a cuerpo".

—¿Y en qué se basa usted?

—En el retorno de Girón.

—No me diga.

—Cuando ha habido crisis social objetiva derivada de una crisis económica no menos objetiva, el señor Girón ha aparecido en escena para prometer la revolución aplazada. Y como poco después se comprueba que la revolución va a seguir aplazada, entonces los intelectuales se aplican sobre el tema. Van a volver a llevarse los discursos de Girón y los poemas de Celaya.

—Vamos, que usted cree en el eterno retorno.

—No. Yo no. Yo le explico a usted el intríngulis de la operación retorno. Pero no creo que esta vez vaya a ocurrir lo mismo que en la anterior. Para empezar, la oratoria del señor Girón es antitelevisiva, y para continuar, la poesía de Celaya está por encima de cualquier calificación limitadora. En estos momentos, Celaya es un poeta novísimo, y además la clase obrera ha aprendido a escribir por su cuenta sin esperar mandos poéticos. Lea usted la plataforma reivindicativa de los obreros de Seat y verá qué maravilla.

Creo que fue un pensador alemán, judío, barbudo, hermano mayor de Groucho Marx, el que dijo que en la Historia, cuando se repite, lo que fue tragedia reaparece en forma de comedia. Así se lo digo a mi interlocutor.

—Bueno, bueno. No se fie. Siempre ha habido tragedias cómicas y comedias trágicas, según el lado del que se mire la cuestión. Ahí tiene usted lo del aceite de Redondela: ¿Es una tragedia o es una comedia? Y no me dirá usted que no sea una historia repetida. Bueno. Le dejo, porque voy a casa a escribir un poema social.

—¿Sobre qué?

—Sobre la revolución aplazada.

—¿Ya lo tiene perfilado?

—Tengo unas cuantas ideas. Ahí va una:

«Basta ya de revoluciones aplazadas, hagan alguna al contado.

—¿Qué le parece?

—Hombre, muy bonito no es.

—¿Qué tiempos éstos, en los que sería un crimen escribir versos bonitos, endecasílabos perfectos!

—No, si yo los endecasílabos no los puedo tragar.

—Yo, sí. Yo admito el endecasílabo. Pero sólo escribiré endecasílabos cuando haya conseguido mis objetivos políticos.

—Vamos, que usted practica lo de la literatura aplazada.

Cuando se ha ido mi amigo, yo me he quedado flotando sobre un mar de confusiones. ¡En qué lío mental me había metido el muy salvaje! He ido al piso de Encarna para distraerme un poco. Me la veo vestida con una camisa de franela de camionero, unos pantalones anchos y grises, y zapatos de monja obrera. Se ha peinado con una raya en el centro de la cabeza y dos "clips" le sostienen el cabello en las banditas.

—¡Encarna! ¿Qué te ha pasado?

—¿A qué se refiere?

—¿De qué vas vestida?

—Desde luego, no de la moda Gatsby, que llevan esos piojosos de la "gauche" y de la "droite divine". Voy según la moda de "lo social".

—¿Y a ti qué te parece: voy adecuadamente vestido para estar a la altura de las circunstancias?

—¡Pse! Demasiada raya en el pantalón. En cambio, ese zapato con un agujero en la planta, correcto. Quitese la chaqueta de ante y póngase esa que tiene de pana, que sin duda la heredó de algún familiar tranviario.

Voy a casa y meto en el armario mi vestuario de pequeñísimo burgués aplazado. ■

SIXTO CAMARA

La contaminación en la gran Barcelona

Preocupa en la calle el tema de la degradación del medio ambiente. Existe abundante literatura que ha derivado otras preocupaciones fundamentales más inmediatas hacia la cuestión aséptica de la contaminación en general. Efectivamente, el problema se ha hinchado con desmesura, artificialmente. Lo cual no quiere decir que el problema no exista. No, existe y es patente su trágica realidad, como lo prueba el que los movimientos urbanos lo hayan incorporado en el capítulo de urgencias de sus programas reivindicativos por una ciudad más habitable, mejor. Dura batalla. En definitiva, la contaminación es fruto del modelo de desarrollo puesto en práctica por las economías capitalistas, y mal vemos su solución si previamente no se cuestiona quién y por qué convierte nuestras ciudades, nuestros ríos y nuestros mares en un estercolero. En la guerra, afirman los que han sufrido la experiencia, la vida humana pierde todo su valor. Algo de eso sucede hoy cuando las papeleras se instalan junto a los ríos que suministran su agua a las grandes poblaciones e impunemente evacúan en ellos los residuos tóxicos que ya han cumplido su misión en el proceso productivo. O cuando las fábricas ubicadas en el centro de grandes aglomeraciones humanas sueltan sin más preocupaciones sus humos negros a la atmósfera que luego tendremos que respirar todos nosotros. La gran Barcelona ha contemplado sucesivos días negros en que a los habitantes de San Adrián les lloraban sin pausa los ojos, irritados por los gases malditos que despedía una fábrica local. Parecidos casos se han dado en Santa Coloma —una ciudad-dormitorio con un futuro espeluznante—, Badalona, Pueblo Nuevo... El caso más dramático se dio, sin embargo, hace unas semanas en la localidad de Martorell, a unos 20 kilómetros de Barcelona capital, una zona densamente poblada —clase obrera, como siempre, en su gran mayoría— y que ha visto crecer sin más planificación decenas de industrias en lo que hasta hace unos pocos años eran fértiles tierras de labor. Un mal día, los habitantes de Martorell se alarmaron por las graves deficiencias respiratorias producidas por un gas casi invisible. «No hay motivo de alarma —declararon de inmediato las autoridades locales—, se trata simplemente de una fuga de cloro, debida a un fallo de los sistemas de seguridad de la industria Solvay». Pues menos mal. La cosa no pasó a mayores. Pero la multinacional Solvay sigue ahí, y nadie puede garantizar que las fugas de cloro no se repitan, corregidas y aumentadas. El gas-cloro fue el primer gas letal usado con fines bélicos —y con excelentes resultados, por cierto— en el transcurso de la primera guerra mundial.

Otra, más grave a largo plazo, si cabe, es la contaminación de las aguas. A lo largo del curso del río Anoia —y es tan sólo una muestra— hay instaladas varias fábricas de papel, que vierten diariamente a sus aguas gran cantidad de residuos mercuriales, utilizados como agentes bacterianos para que no se pudra la pasta de papel. Ya no queda ninguna sombra de duda sobre la responsabilidad del fenilmercurio en el crimen colectivo de la bahía de Minamata, en Japón. Pues bien, el río Anoia, con el fenilmercurio incluido, vierte sus aguas en el Llobregat, y del Llobregat sale la mayor parte del agua que consumimos en Barcelona. No hay por qué preocuparse. Investigaciones encargadas por el Municipio barcelonés hace unos años dieron resultados negativos en cuanto a la proporción de residuos mercuriales en el agua nuestra de cada día.

Sobre el tema, inagotable y apasionante, de la contaminación en la gran Barcelona versa la monografía del número 25 de la revista «CAU», publicación del Colegio de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Cataluña. Con este número, «CAU» reemprende un camino crítico sobre el fenómeno urbano concretado aquí y ahora, que pareció peligrar seriamente con la salida del anterior equipo de Redacción, a finales de la primavera pasada. La monografía sobre la contaminación en la gran Barcelona, aun adoleciendo de algunas lagunas, resulta un instrumento válido para el conocimiento de otro aspecto, negativo también, ¡qué vamos a hacerle! de la realidad urbana de Barcelona. Los datos suministrados por «CAU», como dice Joan Senent-Josa en la introducción, «son datos para ser utilizados por los movimientos sociales urbanos en su lucha por la ciudad del mañana...». Muy distinta de la que sufrimos hoy. ■ JUAN ZAMORA TERRES.